

*Placer del movimiento, competencia y deporte

**Ricardo A. Rubinstein

Introducción

El deporte y el ejercicio físico, si bien son prácticas de antiquísimo origen, evidencian, especialmente a partir de la última mitad del siglo XX, una difusión más masiva que nunca. Están integrados a la vida cotidiana formando parte de los usos y las costumbres de nuestra época: el ejercicio físico, a raíz de la propagación de su uso en función estética, re creativa o terapéutica; los deportes, en tanto participantes activos o como espectadores (en estadios o a través de la pantalla del televisor).

Sin embargo, no es éste un terreno del que se ha ocupado mayormente el psicoanálisis. Algunas contribuciones realizadas desde el terreno de la psicología del deporte se limitan, en general, a modelos fenomenológico-descriptivos.

La escasez o ausencia de referencias al tema en la bibliografía psicoanalítica me generó la inquietud de indagar las causas de semejante exclusión.

En toda la obra de Freud apenas fue posible rescatar una cita a pie de página en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905).

El mismo Freud era un infatigable trabajador e intelectual que no practicaba actividad deportiva alguna tal como hoy se conocen.

E. Jones (1961), refiriéndose a sus hábitos de vida, comenta:

[...] en su juventud solía divertirse jugando a los bolos, pero su ejercicio consistía principalmente en largas caminatas [...], actividad ésta que realizaba en sus ratos libres o luego de la cena [...].

Debemos tener en cuenta que Freud provenía de una familia tradicional judía, cultura que pone énfasis en el desarrollo intelectual más que en el físico.

Se puede ver cómo este modelo del siglo XIX sigue manteniendo vigencia en nuestros días, ¿debido quizás a la persistencia de un modelo de identificación?

Observé también que el psicoanálisis ha privilegiado el análisis de los significados por sobre el de la acción y su estructura (Issaharoff, 1999; Avenburg, 1999).

En este sentido han incidido la utilización del diván (técnica que apunta a la inmovilidad y el alejamiento de la acción) y el énfasis en lo que Freud llamó introversión de la libido desde el mundo externo al mundo de la fantasía, como paso previo a la reflexión (posponiendo la acción).

Nuestra tarea como psicoanalistas, entonces, tiene que ver con procesos reflexivos, introspectivos, que demandan tiempo; la exploración de los procesos inconcientes, además, no busca la obtención de un resultado predeterminado. El deporte, en cambio, se conecta con la acción y apunta a obtener resultados. Sus tiempos son breves y apremiantes.

Por último, sabemos que muchas especulaciones psicoanalíticas se realizan a partir de la clínica y la psicopatología y que las consultas de deportistas en nuestro ámbito han sido

relativamente infrecuentes hasta hace poco tiempo. Podría deberse a que muchos de ellos utilizan el deporte y la acción como una forma de sustituir la elaboración mental de sus situaciones conflictivas. Sin embargo, desde Freud hasta nuestros días los psicoanalistas hemos indagado en las diversas producciones humanas con fines científicos, clínicos y especulativos. Deberíamos, por ende, hacer lo mismo con una actividad tan profundamente integrada en la sociedad.

A partir de mi experiencia personal en la práctica deportiva y de mi trabajo clínico, a través del análisis de personas que practican deportes (tanto a modo de recreación como, en algunas ocasiones, en forma profesional), procuraré emplear herramientas psicoanalíticas para comprender la psicología profunda del deporte, por un lado, y a los deportistas, por otro.

Varios interrogantes se presentan al emprender el camino de la investigación. ¿En qué consiste el deporte? ¿Qué lugar ocupa en la vida humana? ¿Qué dinámicos psicológicos subyacen a su práctica? ¿Siempre fue así, o existe una historia, una evolución?

Dado lo vasto del tema, tras hacer una breve reseña histórica, ceñiré mi indagación sólo a algunos aspectos:

1. La relación entre *cultura* y *deporte*, planteando centralmente cómo éste posibilita liberar de manera controlada la agresividad que la cultura, en su génesis, coarta.
2. El *movimiento* como fuente de placer; su determinación desde lo psíquico y su función en la economía psicosomática.
3. El *juego* y la *competencia*.

Reseña histórica

Una somera mirada hacia el pasado nos revela que en culturas muy antiguas, incluso en formas de vida primitivas, aparecen vestigios de costumbres deportivas vinculadas al aprestamiento para la cacería o la guerra, los festejos por el triunfo bélico, los ritos mágico-religiosos o la representación lúdica de la rivalidad. Aparecen ya 2000 años antes de Cristo el polo en los Persas, la tauromaquia en la India, las competiciones hípcas de los tibetanos, las luchas chinas, los juegos de pelota mayas, el sumo y el Jiu Jitsu en Japón.

La concepción de “lo deportivo” no se encuentra hasta entrar en la cultura griega clásica, que perseguía la belleza del cuerpo como objetivo digno de todos los esfuerzos humanos para honrar a los dioses. Sus ceremonias religiosas estaban estrechamente ligadas a la danza, el drama, la música, así como a toda clase de ejercicios físicos basados en una institución: el gimnasio.

El culto del cuerpo que se concretaba en los gimnasios es evidente en el origen de su nombre: *gymnós* significa “desnudo”. En el año 776 a. de C. se instituyeron en Grecia los Juegos Olímpicos, que fueron celebrados sin interrupción cada cuatro años hasta el 396 de nuestra era. (El barón Pierre de Coubertin los restauraría en 1896, esta vez para atletas de todo el mundo, tal como los conocemos hoy.)

Roma heredó la afición deportiva, que culminó degenerando –al mismo tiempo que su cultura– en el siglo I con los excesos del circo: luchas a muerte de los gladiadores, enfrentamiento de cristianos con leones, carreras de cuadrigas con resultados usualmente fatales.

La aparición de la caballería andante en la Edad Media con sus demandas de fuerza, estrategias y destreza, generó la necesidad de entrenamiento de caballeros y aspirantes a

serlo mediante confrontaciones singulares que muy pronto se convirtieron en espectáculo. Los abusos cometidos durante esas prácticas obligaron a fijar leyes, como las que en la actualidad tiene cualquier juego.

En la misma época surgieron la caza y la esgrima como deportes favoritos de los reyes.

En realidad, la palabra “deporte”, proveniente del latín *deportare*, “trasladar”, y de ahí “distraer la mente”, pasó al inglés medieval *sport* con el sentido de “actividad al aire libre”, “diversión”, “pasatiempo” (pero no para todos, sino para el que se practica en el interior de los ocios diestros de la nobleza. El “juego de manos, que es juego de villanos” queda reservado a los pobladores de la aldea o la villa, a los trabajadores manuales).

La educación física propiamente dicha resurge de manera definitiva tras la Revolución Francesa y se desarrolla favorablemente en Alemania, Suecia e Inglaterra, pero es en América del Norte donde aparecen con mayor énfasis los clubes atléticos y los gimnasios, que se extenderán luego al resto del mundo.

Recién desde fines del siglo XIX el deporte deja de pertenecer a la clase privilegiada y pasa a formar parte de la vida cotidiana de toda la sociedad. Este fenómeno no es ajeno al proceso iniciado con la revolución industrial y la ideología competitiva propia de la sociedad capitalista, que pasará a teñir el deporte destacando el rendimiento como uno de sus valores *princeps* (Vázquez Montalbán, 1972).

1. Cultura y deporte

1.1. Es interesante analizar la relación existente entre cultura y deporte. Sin duda podemos considerar el deporte como un producto de la cultura. Constituye una distracción, un pasatiempo que, tal como planteara Freud (1927), “[...] nos haga valorar en poco nuestra miseria o, quizás también, un sustitutivo que la reduzca ante lo gravoso de la vida que nos es impuesta, así como los dolores, desengaños y tareas insolubles que requieren de un calmante para ser soportados”.

No es casual, entonces, que ya desde su génesis el deporte quede emparentado con otra actividad utilizada como entretenimiento y diversión: el espectáculo. En comunidades remotas, una variante relajante que permitía romper la rutina de lo cotidiano era el hecho de asistir o participar de los juegos y las danzas que se realizaban. Había un goce copartícipe entre los que actuaban y los que concurrían y observaban el encanto, la magia de los “movimientos inútiles”. Su eco llega hasta nuestros días en el montaje circense que tienen los grandes eventos deportivos, a la sazón utilizados como medio de distracción y manipulación de masas.

Parte de su cometido se logra al evadirse de la realidad cotidiana y sumergirse, momentáneamente, en una creación donde se trastoca la primacía del principio de realidad por la del principio de placer, como analizaré más detenidamente al referirme al aspecto lúdico del deporte.

Este recreo provee al psiquismo una suerte de “moratoria” en las labores que lo apegan tanto a la realidad externa como, en alguna medida, a los conflictos que debe afrontar con su realidad interna.

1.2. Si consideramos una perspectiva evolutiva, veremos cómo el deporte deriva de actividades que en la prehistoria de la especie estaban destinadas a la supervivencia. Seguramente el hombre comenzó a correr para atrapar presas o huir de peligros, a lanzar

la jabalina para matar a distancia a otros animales cuya aproximación le resultaba riesgosa, a nadar cuando necesitaba cruzar ríos o salvarse de naufragios de naves precarias. Para conseguir alimento, enfrentarse y protegerse de las amenazas ambientales fue menester no sólo ser capaz de correr, nadar, cazar, sino también de luchar, trepar, pescar, etcétera.

A ello debió de seguir una etapa de ejercitación para el mejor logro de sus cometidos. La posterior adquisición de destrezas fue implicando beneficios en la lucha por sobrevivir y ventajas materiales sobre los menos aptos.

En ese contexto van asociándose el juego y la competencia con otros hombres, y la aparición de reglas aceptadas por el conjunto constituyó otro paso más en esa evolución.

Paralelamente, en el desarrollo individual, observamos cómo la musculatura irá adquiriendo una cualidad erógena.

En *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud (1905) adjudica inicialmente la condición de erogeneidad a “los sectores de piel y mucosas susceptibles de originar excitaciones de índole sexual [oral, anal, uretrogenital]”. Más adelante lo hará extensivo a todos los órganos internos y, finalmente, al cuerpo todo.

En otro párrafo utiliza la función nutritiva para mostrar cómo, apoyándose en las funciones de autoconservación (alimentación), se produce un plus de placer de índole sexual (chupeteo).

Si bien Freud nunca hizo una exposición de conjunto acerca de los diversos tipos de pulsiones de autoconservación, se ha referido a ellas en forma colectiva, admitiendo la existencia de varias, *tantas como las grandes funciones orgánicas* (nutrición, defecación, micción, *actividad muscular*, etcétera).

Sabemos que el tránsito de la utilización del auxilio ajeno a la autonomía se realiza bajo el imperio de las pulsiones de autoconservación y, posteriormente, de la pulsión de dominio. Hacerse dueño del propio cuerpo, explorar el medio circundante e ir apoderándose de los objetos que lo rodean merced al ejercicio del poder muscular son fuente de satisfacción narcisista y placer erógeno.

Así como ocurre en la filogenia, las aptitudes y destrezas logradas en la utilización del cuerpo y la musculatura van a reforzar, en el desarrollo individual, la catectización libidinal de dicha aptitud. Y esto sería más notorio para los deportistas ya que los estaría proveyendo, además, de una representación de sí mismos más valorada por el yo. De esta manera se produciría una erotización secundaria de lo muscular, cautiva de la función que ésta ejerce sobre el sistema de valores e ideales del sujeto.

1.3. Veamos ahora la relación entre cultura y agresividad en lo que al deporte se refiere. En *El malestar en la cultura*, Freud (1930) muestra de qué manera la cultura coarta tanto la sexualidad como las tendencias agresivas. La agresión es introyectada, internalizada y dirigida finalmente contra el propio yo como consecuencia del proceso que ésta desarrolla. Plantea, además, que la inclinación agresiva del hombre encuentra en la cultura uno de sus obstáculos más poderosos.

Considero que el deporte actúa a la manera de una transacción que realiza la cultura, por la cual libera hacia afuera, de forma controlada, parte de esa agresividad coartada haciendo posible satisfacer lo ordinariamente prohibido: el deseo de matar y de liberar las pulsiones destructivas.

Este placer se vería incrementado por tratarse de una de las mociones pulsionales *más groseras*, de aquellas que conmueven nuestra corporeidad (junto al canibalismo y al

incesto).

El deporte sirve bien a estos fines: es una actividad con fuerte compromiso corporal. La musculatura se utiliza a los efectos de la descarga de tensiones del aparato psíquico pero, conjuntamente, es la fuente de la pulsión sádica y el instrumento del que nos valemos para deflexionar al exterior la pulsión de muerte.

La mayoría de las acciones realizadas durante el deporte incluyen golpear, patear, arrojar con los brazos o las manos, acciones éstas que forman parte del ejercicio de la agresividad más directa o primitiva (excepto en el ajedrez, donde es más simbólica).

En la misma línea podríamos pensar que *la cultura se vale del deporte para controlar como juego las tendencias bélicas*. El periodismo recurre muy frecuentemente a las analogías entre los partidos y las batallas. Y, por otra parte, muchas veces esa delgada franja que separa la sublimación instintiva inherente a la situación de juego se rompe para dar lugar a la descarga instintiva directa, a la batalla campal, a la guerra, ya sea entre los protagonistas o entre los espectadores identificados (no importa la divisa, el bando o el país que representan) con la dramática que allí se despliega.

La identificación que allí se produce ha sido propiciada por la cultura, como medio de participación simbólica en la competencia, proponiendo la euforia del éxito y la victoria al alcance de cualquiera.

Los líderes autoritarios lo han explotado dando un fuerte estímulo al deporte para cohesionar y lanzar a las masas, paradójicamente, detrás de ideales que contemplaban la agresión bélica. Del mismo modo operan los medios de comunicación que, a través de estos mismos ideales, alejan del pensamiento crítico y la reflexión, dominan y mantienen pasivos a vastos sectores.

2. El movimiento

Siendo uno de los componentes básicos en la actividad física y el deporte, encontramos muy escasas referencias en la bibliografía psicoanalítica respecto al mismo y su estructura. Intentaré articular diferentes conceptos que, a mi entender, forman parte de la arquitectura y la dinámica de esta actividad.

En un nivel, el movimiento implica al cuerpo, incluye la utilización del sistema motor y está relacionado con la acción. En otro, observamos que tiene determinantes psíquicos y aspectos psicósomáticos a considerar.

2.1. Existe en el ser humano una tendencia al movimiento, que comparte con otros organismos, que vinculamos a la conservación de la vida y ligamos a los instintos de vida.

Sobre esta tendencia proveniente de lo biológico cabalga un andamiaje psíquico que, de manera constante, provocará un empuje, pulsará a la actividad (movimiento). Esta perentoriedad de la pulsión (que es una de sus características) es el factor motor, es la suma de fuerza o la cantidad de exigencia de trabajo “impuesta a lo anímico por su conexión con lo somático” (Freud, 1915).

La cualidad de placer, que en el modelo económico se traduce en reducción de la tensión e implica, también, la satisfacción de la necesidad, quedará, entonces, consistentemente ligada al movimiento.

Encontraremos una multicausalidad en la obtención de placer con el movimiento.

A nivel corporal, “[...] el movimiento produce tres clases de efectos estimulantes, a

saber: sobre el aparato sensorial de los nervios vestibulares, sobre la piel y sobre partes más profundas, esto es los músculos y las articulaciones [...]” (Freud, 1905).

Desde lo biológico, el ejercicio físico provoca la liberación de sustancias endógenas, las endorfinas, de efecto estimulante.

Existiría, entonces, un placer pasivo, producido por la repetición de movimientos mecánicos (mecerse, el viaje en coche o en ferrocarril, etcétera) (Freud, 1905), ligado al autoerotismo, y otro activo, que encontramos evolutivamente en la autopercepción de los logros conseguidos en el tránsito de la dependencia a la autonomía, más ligado a lo que sería el narcisismo.

Una parte de este placer narcisista deriva de vivencias relacionadas con el control y el dominio del propio cuerpo, y del aparato motor, y otra parte se relaciona con el vínculo con los objetos y el medio circundante. Así, al afirmarse el yo en la conquista del objeto, también lo hace el poder de la omnipotencia infantil que se instaura no por la tentativa de fusión con él sino por la supresión de la resistencia del objeto. Desde el narcisismo de autoafirmación o de vida hay una aspiración a *expandirse a costa de los objetos* (Guiter, 1991). No se trata de someter al otro solo para satisfacer una necesidad o un deseo, sino también para ser reconocido.

En el niño observamos la necesidad de movimiento para separarse de la madre (alejarse del objeto primario), actividad necesaria para el desarrollo mental y psicológico que se manifiesta primero en el gateo y, más tarde, en la marcha.

En la vida adulta, el movimiento es frecuentemente utilizado para apartarse de una situación vivida como apremiante, engolfante, tóxica, y también para oponerse a las vivencias de quietud y de muerte (física y psíquica).

La vivencia de dominio disminuye la sensación de desamparo (Alizade, 1996), no la anula, y contrarresta la de descontrol psíquico.

Vemos confluir las variadas tendencias antes señaladas en el “cultivo” que muchísima gente en nuestros días realiza del placer del movimiento bajo la forma de deportes, clases de gimnasia individual o colectiva y *jogging* o caminatas.

Del mismo modo podemos ver la actualidad que tiene la única referencia de Freud al deporte, la cual se encuentra en una cita a pie de página en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905):

El análisis de casos de agorafobia y de perturbaciones neuróticas de la deambulación (abasia) desvanece toda posible duda sobre la naturaleza sexual del *placer de movimiento*. La moderna educación sexual se sirve de los deportes para desviar a la juventud de la actividad sexual, o mejor dicho, para sustituir el placer de movimiento, haciendo así retroceder la actividad sexual a uno de sus componentes autoeróticos.

2.2. Otro elemento al que debemos prestar atención es el sistema motor. En los textos psicoanalíticos hay múltiples referencias al mismo pero considerado desde los modelos de aparato psíquico y las teorías pulsionales.

El músculo es observado no sólo como órgano del movimiento sino también de la descarga energética, fuente de erotismo y forma de lenguaje y expresión. Su lugar es el de una vía eferente, que exterioriza y ejecuta productos del mundo interno con una finalidad.

Como órgano del movimiento, el músculo es el que posibilita la satisfacción de la necesidad y el deseo en el mundo externo. Sabemos que frente a los incrementos de tensión “la primera vía que es recorrida lleva a una alteración interna, pero que ninguna descarga de esta especie puede agotar la tensión, la estimulación sólo puede ser abolida

por una acción en el mundo exterior" (Freud, 1895).

En condiciones normales, el movimiento se utiliza para ir en busca del objeto de la satisfacción.

El movimiento puede representar o significar una simple descarga o constituir el producto final de un conjunto de procesos psíquicos más elaborados.

De hecho, en un nivel de constitución psíquica rudimentario la musculatura es utilizada con el fin de la descarga, lo que implica la evacuación hacia el exterior de la energía aportada al aparato psíquico por las excitaciones, ya sean de origen interno o externo.

Ya sea derivada hacia el movimiento o a través de inervaciones enviadas al interior del cuerpo (mímica, expresión de afecto), la descarga es utilizable como forma de alivio ante la imposibilidad de tolerancia a los acrecentamientos de tensión, que puede devenir en angustia o en síntomas somáticos.

Por otro lado, la sustitución de simples reacciones de descarga por actos ocurre merced al intercalado de un espacio de tiempo entre el estímulo y la reacción gracias a la adquisición de una capacidad de tolerancia de la tensión. La misma es procurada por el pensar que, por una parte, suspende la descarga motriz y, por otra, requiere del transporte de las investiduras libremente desplazables a investiduras ligadas.

Esto nos conecta con la idea de carga, que implica que una determinada energía psíquica se encuentra "atada" a una representación, a un grupo de representaciones, una parte del cuerpo, un objeto, etcétera, y que, como vimos, servirá para soportar la tensión de estímulo elevada, base de los procesos del pensar.

A su vez, el desarrollo de una instancia psíquica, el yo, cuya capacidad para observar, seleccionar y organizar estímulos e impulsos (a través del representar, el pensar y luego el juicio, con la intervención del principio de realidad) posibilita la adquisición de mecanismos que impidan a los impulsos rechazados el acceso a la motilidad, bloqueando la tendencia a la descarga.

Veamos lo que sucede con Antonio, un paciente de 42 años.

Antonio concurre a consulta derivado por su médico clínico a partir de presentar espasmos musculares muy intensos que son diagnosticados como crisis de tetania.

Ex jugador de voley de primera, actualmente practica los fines de semana en el club, matizando a veces con golf.

Antonio es renuente a admitir inicialmente que lo que le ocurre tenga algo que ver con su psiquismo. Sin embargo, en el transcurso de las sesiones va relatando que se encuentra en un estado de tensión insoportable, producto de su situación laboral y familiar.

Antonio está muy endeudado, y siente hostilidad, resentimiento e impotencia hacia sus empleadores, ya que lo desautorizaban, lo rebajaron de rango y le quitaron un porcentaje de las utilidades que percibía. "Esto me lo hacen como revancha", acota

Las descargas musculares, derivaciones somáticas de afectos y representaciones que no puede procesar, lo llevan a confrontarse con su crisis vital.

Antonio es un hombre de pocas palabras. Está habituado a un hacer pragmático y motor donde los negocios y el deporte son sus canales favoritos y facilitados de expresión y comunicación.

Sabemos que un importante paso en la evolución del yo está dado por la posibilidad de pensamiento ligado a la palabra, y sobre todo por su capacidad anticipatoria. A Antonio le cuesta pensar, y especialmente pensar con palabras.

Esta exigua capacidad de lenguaje verbal es común a muchos deportistas, en contraste con su posibilidad de manifestarse en un lenguaje de acción utilizando el aparato motor.

En las sesiones, el discurso de Antonio es una catarata catártica y evacuativa, asimilable a lo que Bion (1966) describe al referirse a los elementos beta: "[...]impresiones sensoriales y experiencias emocionales que no son transformadas psíquicamente y por lo tanto no resultan

apropiados para pensar, soñar, recordar o ejercer funciones intelectuales. Estos elementos son vividos como 'cosas en sí mismas' y generalmente son evacuadas a través de la identificación proyectiva".

ANTONIO: —A mí lo que me interesa es no tener más crisis musculares, hablar de negocios o de cuántos hoyos bajo el par.

ANALISTA: —Y no sentir nada.

ANTONIO: —¿Para qué? Para que me duela, para que me explote el bocho.

ANALISTA: —Justamente porque pudiendo hablar de su dolor lo contenemos y no explota.

Es un muy lento el trabajo de ir poniéndole nombre y palabras a los afectos, establecer ligaduras con las representaciones pertinentes y, en el aquí y ahora de la transferencia, conseguir que Antonio pueda reconocer y conectarse con lo que surge de su interior.

Él busca que otros se hagan cargo de lo que no puede, y en esto incluye el pago del tratamiento, al que concurre diariamente, ya que "le paso la factura a la empresa por enfermedad laboral, ellos me enfermaron".

Por eso es un hito significativo en su proceso analítico que él se hiciera cargo del pago de su tratamiento.

Surgen luego sus temores de transformarse en un adicto dependiente del tratamiento, dependencia vivenciada como sometimiento.

De a poco Antonio va encontrándose con que la musculatura ha funcionado como una coraza, una cáscara como él dice, en la que ha venido sustentando a través de la acción y el éxito deportivo (ganarle a otros hombres) la necesidad de afirmación de su masculinidad.

Ideales éstos (éxito y acción) muy promovidos por la cultura de nuestro tiempo.

En casos como el de Antonio parece expresarse una oposición entre una tendencia a los procesos de ligadura y pensamiento y una tendencia al alivio y la descarga mediante la musculatura.

El aforismo popular opone el músculo al cerebro. Nos preguntaríamos, entonces, si en quienes practican deportes sólo opera la descarga muscular. Pero para llevar adelante un partido se requieren complejos mecanismos de sincronización psicomotora, tácticas y estrategias que denotan determinadas formas de pensamiento y, por ende, carga y ligadura. Y esto aparecería como contrapuesto a lo afirmado anteriormente.

La Escuela Psicosomática de París (Marty, 1992), describió una forma de pensamiento común a pacientes con estructura psicosomática caracterizado por procesos de investidura de nivel arcaico y precaria conexión con las palabras: el pensamiento operatorio. La utilización del modelo operatorio salvaría esta aparente contradicción. Pero si bien el pensamiento, durante la actividad deportiva, está orientado hacia la realidad sensible externa (más que a la interna) y es rico en comportamientos auto máticos, presenta algunas diferencias.

Podría decirse que durante la práctica deportiva el pensamiento toma una *cualidad operatoria*, ya que: a) es de un bajo nivel de investidura, b) está orientado hacia lo exterior, y c) predomina la carga de los órganos de los sentidos por sobre lo interoceptivo. Sin embargo, y a diferencia de éste, tiene una *mayor ligazón fantasmática y posibilidades de satisfacción pulsional (juego)*.

Vemos más operatoriedad en el deportista profesional, en la alta competencia, donde se manifiesta con mayor claridad la adquisición de automatismos (para muchos de ellos la conexión con sus estados emocionales es una interferencia poco deseable, pues los " del desarrollo del partido). También se estaría trastocando aquí la preeminencia del principio de placer por la del principio de realidad. (Es más, se transforman en hiperrealistas.)

Las exigencias de la situación competitiva, la presión por obtener resultados exitosos, que traen como correlato importantes gratificaciones narcisísticas y materiales, lleva a muchos de ellos a una situación de sobreadaptación.

Las lesiones (como veremos en el caso de Esteban) y, otras veces, las adicciones aparecerían como la señal y la voz de protesta frecuente ante dichas exigencias. Aquí estaríamos en las antípodas del deporte como juego.

Por otra parte, muchos pacientes con estructura psicossomática practican deportes buscando el alivio de los estados de tensión que padecen. A diferencia de otros deportistas, la mayor desconexión con lo corporal e interoceptivo puede llevarlos a accidentes graves, tanto deportivos como somáticos (muerte súbita). El juego, para ellos, se transforma en una nueva tarea esforzada a cumplir.

2.3. Por último, para la mayor parte de los autores la idea de acción queda asociada a descarga y, a la vez, a insuficiencia psíquica (entendiéndose por tal el escaso desarrollo yoico o incapacidad en el procesamiento y ligadura de afectos y representaciones): lo motor y el cuerpo han sido tomados como vía de descarga de aquello que la mente no es capaz de contener, ya sea bajo la forma de comportamientos o conductas de acción o bajo la forma de enfermedad somática.

Sin embargo, contrastando con estos enfoques centrados en lo psicopatológico, algunos autores, como Winnicott, plantean la idea de *la integración psicossomática como logro madurativo* ("desarrollo sano") y la de *goce de la unidad psicossomática en la experiencia*.

Durante el movimiento se suscita una particular interacción psicossomática, diferente de aquella que ocurre durante la enfermedad. Si bien hay una exclusión o clivaje de lo mental en ambos casos, en la enfermedad vemos prevalencia de mecanismos de escisión del yo.

Si interpretamos la enfermedad psicossomática como la ruptura del "equilibrio psicossomático", *el proceso que genera el movimiento tendría una función homeostática en el sostén del mismo*.

Según D'Alvia (1995),

[...] ciertas experiencias corporales (por ejemplo una cefalea vespertina luego de un día intenso de trabajo) serían la expresión corporal de una desorganización momentánea por fallas en el sistema psíquico para procesar situaciones traumáticas. Esta alteración llevaría a una sobrecarga pulsional con la aparición de síntomas que desorganizan momentáneamente al Yo [...].

Por su parte, Bleger (1978) ubica el cuerpo como un amortiguador o *buffer*, una suerte de protector del nivel mental cuando se sobrepasa cierto umbral de reintroyecciones tolerable para el psiquismo.

A diferencia de ambos, diría que más que un pasaje *al* cuerpo, se trataría de un pasaje *por* el cuerpo.

Quizás la usual recomendación de "hacer ejercicio porque es saludable" implique la idea de una protección, de una defensa, ante la posibilidad de que se produzcan procesos desorganizativos que luego impliquen a lo somático. En este sentido, *el movimiento actuaría como una defensa intermedia ante la enfermedad psicossomática*. Habría una utilización de la descarga motriz semejante a la psicossomática, pero por vías de derivación diferentes. En el psicossomático intervendría prevalentemente el sistema nervioso autónomo y los órganos internos del cuerpo dando como producto la enfermedad somática. En el movimiento "normal" puede participar el cuerpo todo pero, en especial, el sistema músculo-esquelético, y la descarga se deriva hacia el mundo externo.

Dado que a lo largo de los textos freudianos la noción de cuerpo está unida a la de yo, este pasaje implica un repliegue narcisista y libidinal, una "descarga" de lo mental y una "recarga" desde la fuente corporal al punto de partida del placer autoerótico.

Aludiendo a este aspecto, en el lenguaje cotidiano se repite “voy a hacer gimnasia porque me carga las pilas” y –con la perspectiva de un rebalanceo psicosomático– “voy a caminar un rato para despejarme las ideas”.

Precisamente, en el terreno de las ideas y representaciones es posible conjeturar que al poner afuera, a través de la descarga muscular, aspectos negativos y destructivos, aquello que impide pensar, se generaría una suerte de “liberación” cuya vivencia es la de un efecto revitalizante y, a veces, clarificador.

En este sentido, habría un funcionamiento mental (equivalente al de los niños y los primitivos) que opera inconscientemente con un pensamiento mágico y omnipotente, de manera que con el movimiento se expulse hacia afuera todo lo tóxico para el psiquismo.

Al respecto, W. Baranger y M. Baranger (1993) plantean:

[...] es verdad que niños y grandes necesitan desplegar actividades varias (inclusive musculares) y experimentar emociones diversas (por ello los espec táculos), pero no como formas de descargar lo que sea, sino de expresar su mundo interno y actuar simbólicamente sus fantasías [...].

De allí que el ejercicio físico y el deporte implicarían no sólo una descarga pura, sino también un rango de posibilidad representativa.

Plantearía, entonces, que en la actividad deportiva se suscita un movimiento regresivo del psiquismo en varios niveles:

- Del terreno mental al corporal.
- De la libido hacia el yo (narcisismo) y de allí a sus componentes autoeróticos.
- Del imperio del principio de realidad al principio de placer.
- De formas más evolucionadas de pensamiento a formas más primitivas (magia y omnipotencia de las ideas).

3. El juego y la competencia

3.1. Para comprender los elementos lúdicos del deporte y el juego propiamente dicho contamos con una profusa bibliografía psicoanalítica que, aunque sustancialmente referida a la comprensión del juego en el niño, nos estaría aportando, también, observaciones aplicables a los adultos.

El juego no es sólo una actividad mental, sino que en él participa el cuerpo. Ocurre en un tiempo y un espacio externo. Conviven en él lo externo con lo interno.

Entre los animales de corta edad el juego cumple una función de aprendizaje y exploración de capacidades y habilidades propias, como también de las respuestas del medio. Es una forma de ir “ejercitándose”. Algo análogo ocurre con los niños. El juego es también un modo de expresar fantasías. Implica un intento de elaborar situaciones traumáticas, de transformar lo experimentado pasivamente en algo activo, como plantea Freud (1920) en *Más allá del principio de placer*.

El juego ocurre “en salud” ya que, en cierta medida, implica salir del ensimismamiento y vincularse con el otro.

Melanie Klein, en *La personificación en el juego de los niños* (1929), escribe:

[...] hasta el presente mi experiencia es que los niños esquizofrénicos no son capaces de practicar juegos en el verdadero sentido de la palabra. Ejecutan ciertas acciones monótonas [...].

Klein ejemplifica luego el empleo del juego que realizan los niños neuróticos para dar vida o crear personajes que son proyección de su mundo interno. Estos mecanismos provocan alivio de la angustia interior, ya que por intermedio de la personificación se ponen afuera (se proyectan) y pueden ser tratados, en parte, como no-yo algunos aspectos del sujeto.

Asimismo, el juego proporciona placer, puesto que poder liberar y descargar las fantasías suprime el gasto energético de la represión. Sus manifestaciones tienen valor simbólico, constituyen un lenguaje y una forma de expresión.

El juego es una actividad en la que el principio de realidad es parcialmente suprimido. El componente de retorno o repliegue narcisista a ese estadio de negación parcial lo convertiría en una forma de evasión de la realidad cotidiana. Y esto es lo que dicen muchas personas: “Quiero desconectarme un poco, quiero evadirme un rato de los problemas; mientras juego un partido, es como si me olvidara de todo”.

En “Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico”, Freud (1911) plantea que existe una tendencia de los procesos psíquicos inconscientes a funcionar con el principio de placer, y a retirarse de lo que ocasiona displacer. Alude luego al fantasear como:

[...] una actividad del pensamiento que se escindió y permanece apartada del examen de realidad, sometida al principio de placer. Esto comienza ya con el juego de los niños [también de los adultos], y más tarde proseguirá como sueños diurnos, abandonando el apuntalamiento en objetos reales [...].

Más adelante, prosigue:

[...] el retiro del principio de placer por el principio de realidad no se cumple de una sola vez ni simultáneamente en toda la línea. Pues mientras ese desarrollo se cumple en las pulsiones yoicas, las pulsiones sexuales se desasenan de él de manera muy sustantiva, encuentran satisfacción en el *cuero propio*; de ahí que no llegan a la situación de frustración, esa que obliga a instituir el principio de realidad [...].

En cierto sentido, el espacio que se crea en el deporte sería transicional. Hay una virtualidad de tiempo y espacio. Lo que allí sucede es real, está delimitado temporoespacialmente, pero en cierta medida queda suspendido de la realidad exterior.

En el sentido de instrumento de obtención de placer y repliegue narcisista, se descubren puntos de contacto con lo observado respecto del placer de movimiento.

Winnicott (1972) considera a la capacidad de jugar como un logro, una adquisición no neurótica.

Es de destacar, además, el aspecto de socialización que posibilita el deporte a través del juego: el aspecto lúdico incentiva la comunicación, la interrelación con todos aquellos que comparten el código.

Como forma de relacionarse menos comprometida que otras –más allá del cumplimiento de sus propias reglas–, su potencial expresivo es mayor que el de la interacción “seria”.

Lo instintivo se expresa, también, a través del juego. Winnicott dice que el juego debe estudiarse como un tema por sí mismo, complementario del concepto de sublimación del instinto.

Cabría preguntarse si el deporte es una actividad sublimatoria, sustitutiva o ambas a la vez.

En coincidencia con el fragmento citado de *Tres ensayos...*, diría que es *sustitutiva*. Tomemos un hecho difundido y también cuestionado: antes de una competencia

importante los entrenadores tratan de evitar que los jugadores mantengan relaciones sexuales, aduciendo que éstas les restarían energías para la competencia. Otros argumentan que no se trata de una cuestión energética, sino de “concentración”. Lo que sí es cierto es que luego de un partido o competencia de mucha intensidad no quedan fuerzas para destinarle a la actividad sexual, al menos en el tiempo inmediato.

En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud (1926) se refiere a las formaciones sustitutivas al estudiar la formación de los síntomas neuróticos. El sustituto reemplaza el proceso pulsional directo, que ha sufrido la acción de la defensa.

Habría un aspecto económico, que implica la sustitución de la satisfacción ligada a una reducción de las tensiones, y un aspecto cualitativo, de sustitución simbólica, al reemplazarse un contenido inconciente por otro siguiendo ciertas líneas asociativas.

El deporte permitiría dar cuenta del aspecto cuantitativo en tanto descarga muscular, y de lo cualitativo en tanto juego y competencia que, como tal, permite el despliegue de las fantasías involucradas y su correspondiente contenido simbólico.

También se podría decir que el deporte es una actividad *sublimatoria* si tenemos en cuenta que, como en la sublimación, se alteran el fin y el objeto de la pulsión para ser dirigidos hacia objetos o actividades socialmente valoradas y teniendo en cuenta que lo que se sublima, fundamentalmente, son pulsiones parciales.

Diría entonces que la actividad deportiva implicaría cierta actividad sublimatoria, además de la sustitutiva, al transformar el contenido de satisfacción sexual directa en otro contenido, el ganarle al rival como sustituto simbólico de “matar al padre”, por ejemplo.

También habría que tener en cuenta que el deporte, en la sociedad actual, está universalizado y es promovido como ideal del yo por vastos sectores de la cultura a través de los medios de comunicación.

El deporte tiene un componente repetitivo, pero también trae implícita la posibilidad de creación estética –ritmo, movimientos armoniosos y hasta coreográficos–, lo cual nuevamente nos aproxima a la idea de sublimación.

También contiene la sublimación de la agresión, pues en la competencia se produce una transformación socialmente aceptada del deseo de muerte del rival.

Winnicott (1972) plantea que cuando hay descarga instintiva no hay juego; éste se interrumpe. Y viceversa, si hay juego es porque no hay descarga instintiva. Este límite fluctúa en cualquier deporte cuando se origina alguna duda acerca de la legitimidad de un golpe, patada, etcétera, o la validez de un tanto (si fue en la línea, si fue adentro, si fue afuera, si estaba en posición habilitada, o en posición prohibida).

En síntesis, como la sublimación es sexualidad coartada en su fin y su objeto, creatividad (transformación de la naturaleza de carácter no instintivo), productora de placer, y generalmente es apreciada y no censurada por la sociedad, *la actividad deportiva podría ser considerada también como una actividad sublimatoria* (Guiter, 1991).

En sentido amplio, cualquier actividad humana que no sea satisfacción directa de lo instintivo podría considerarse sublimación. Así, construir una casa, talar un árbol, trabajar, etcétera, entrarían en esta categoría. En sentido estricto, lo instintivo estaría totalmente contenido dentro de la actividad, no existiría represión alguna, la pulsión estaría totalmente volcada en la actividad sublimatoria; y es aquí donde la actividad artística y científica tendrían plena vigencia.

Sería discutible si en el deporte se logra desexualizar la pulsión tal como en las otras actividades.

Por otro lado, tenemos la imposibilidad de sublimar la pulsión de muerte. Y esto daría cuenta del estrecho límite que mantiene con la descarga agresiva directa que

frecuentemente observamos.

3.2. La competencia o agonística es el factor insustituible en el deporte. Su nombre deriva del griego *agón*, "lucha", nombre que recibían los juegos competitivos en Grecia. Consideraré dos aspectos de la misma: a) la descarga de agresión, y b) la rivalidad.

Entiendo que muchas de las referencias de Freud acerca de la pulsión de dominio son aplicables al fenómeno deportivo.

En "La predisposición a la neurosis obsesiva", Freud (1913) dice que hay un par antitético pasividad/actividad, el primero se apoya en el erotismo anal y el segundo se debe a la pulsión de dominio en un sentido amplio.

En *Tres ensayos...*, Freud (1910) considera la musculatura como el soporte de la pulsión de dominio.

En "Pulsiones y destinos de pulsión", Freud (1915) define la primera meta del sadismo como la humillación y el dominio por la violencia del objeto. La pulsión de dominio está asociada a la crueldad infantil, secundariamente unida a la sexualidad; su conceptualización es útil, además, para entender ciertos modos de relación erótica entre las personas.

La pulsión de dominio no tendría como fin original el sufrimiento del otro. Precocemente encontraba un reforzamiento en las pulsiones sexuales anal-sádicas provenientes de la zona erógena que constituye la musculatura anal. Cuando se pone al servicio de la pulsión sexual, se especifica como sadismo, y su meta pasa a ser la humillación y la violencia hacia el objeto.

En *Más allá del principio de placer*, Freud (1920) describe el sadismo como la derivación hacia el objeto de la pulsión de muerte, y el aparato muscular como el medio por el cual ésta es deflexionada hacia el exterior. La tendencia última a asegurarse el dominio del objeto no se atribuye ya a una función específica, sino que aparece como una forma que puede tomar la pulsión de muerte cuando entra al servicio de la pulsión sexual.

Cotidianamente nos encontramos con referencias a la descarga muscular como fuente de "alivio de tensiones".

Asimismo, jugar un partido descarga y libera la tendencia a matar, a destruir y apoderarse de los objetos. Para ganar hace falta sadismo, "instinto asesino". El arma privilegiada para realizarlo es, nuevamente, la descarga muscular, complementada muchas veces con un palo, un bate, una raqueta, o con una pelota de por medio.

Veamos otro ejemplo clínico:

Leonor, una joven de 16 años, es la cuarta de cinco hermanos. Juega al tenis desde muy pequeña; se inicia siguiendo a su madre, quien practicaba ese deporte. Ésta, mujer temerosa pero omnipresente y aferrada simbióticamente a sus hijos, y en especial a Leonor, la acompaña a entrenamientos y partidos, y da fuerte impulso a que se dedique al tenis. El padre, profesional eficiente y muy dedicado al trabajo, delega mucha de la atención de sus hijos en la madre.

El profesor sugiere a Leonor que realice una consulta psicológica, ya que es muy buena técnicamente pero teme ganar. Ella puede jugar para divertirse, para descargarse, para encontrarse con sus amigas, pero la situación de competencia y tener que ganar los partidos la enfrenta a una paradoja: si satisface el ideal materno, queda más encerrada en ese vínculo simbiótico; sin embargo, situarse en posición de dominio la llevaría a buscar ser reconocida como alguien diferente, para lo cual debe hacerse cargo de su hostilidad.

Coincido con la apreciación de Del Valle Echeagaray (1996): "las pulsiones yoicas de afirmación y apoderamiento como fuente de poder llevan a una lucha a muerte dentro de la relación dual para lograr el propio reconocimiento".

Esta lucha era actuada afuera y evitada dentro del vínculo analítico.

Leonor prefería que le hiciera preguntas a manifestar su asociación libre. “No puedo. No me sale nada, la cabeza me queda en blanco”. Era la forma de no hacerse cargo de sus propios deseos, tanto eróticos como agresivos.

Dos años después de iniciado el análisis, viajó por tres meses al exterior para jugar tenis. Ante el hecho sólo manifestó una intensa fobia al viaje en avión.

Un año más tarde, y con un proyecto de estudiar y jugar para una universidad en otro país, adonde iría totalmente sola, puede manifestar explícitamente el deseo de ser acompañada por su padre. Leonor comenta que ya no teme más ganar (lucha a muerte con la madre), ahora le preocupa perder y defraudar (al padre).

Resulta aquí esclarecedor cómo estos temores e inhibiciones en el desempeño deportivo, como expresión de inhibiciones del yo, representan sustitutivos de los componentes edípicos y preedípicos de la sexualidad (Fenichel, 1966).

Además, dado que, tal como planteé, aquellos con escasa posibilidad de lenguaje verbal utilizan otros códigos, entre ellos el del cuerpo y la musculatura para expresarse, fuimos creando con Leonor un campo de interpretación de cuanto le acontecía (a veces ella repetía lo que otros habían observado), como vía de acceso a su mundo interior. En una sesión recordó el comentario de una amiga acerca de cómo estaba perdiendo partidos antes de definir su viaje a otro país. (“Estás dura jugando, sos un aparato”), lo que le permitió ponerse a pensar y luego comenzar a reconocer toda su ambivalencia con el proyecto que iba a emprender.

He dicho que un segundo componente de la competencia o agonística es la lucha con el rival. Y Freud se refiere a este concepto al tratar el complejo de Edipo, en los escritos sociales. El rival es el padre que prohíbe la consumación del incesto e impide la satisfacción de los deseos sexuales infantiles con la madre.

En *Tótem y tabú*, Freud (1912-1913) plantea el origen filogénico de la rivalidad. El padre de la horda primitiva poseía a todas las mujeres e impedía la satisfacción sexual directa de todos los demás. Su asesinato creó un nuevo problema, ya que los hermanos que se unieron para matarlo se transformaron en rivales entre sí. La renuncia a estos deseos llevó a la creación de una primitiva organización social, entre cuyas reglas de convivencia apareció la prohibición del incesto. Esta organización reposaba también sobre la base de sentimientos homosexuales tal vez establecidos en la época del destierro.

El deporte posibilita “jugar la rivalidad”. Ganar implicaría obtener supremacía sobre los otros para satisfacer estos deseos sexuales.

La relación con ese padre totémico era ambivalente. No sólo se lo odiaba, sino que también se lo amaba, y su asesinato originó posteriormente el sentimiento de culpa.

Un vínculo ambivalente similar se recrea en el deporte. Rivalidad y camaradería coexisten frecuentemente entre los jugadores. Obsérvese también que en casi todos los deportes los que se enfrentan son rivales del mismo sexo.

La cultura popular capta muy bien estos contenidos inconscientes. Se dice que cuando un equipo o un jugador le gana repetidamente a otro se “ejerce una paternidad” o “lo tiene de hijo”.

También puede plantearse que el deporte canaliza cierto monto de libido homosexual. Una de sus formas sería el placer del contacto físico con los competidores del mismo sexo, ya sea en el desarrollo del juego o en los festejos por la victoria. Por supuesto, las posibilidades de contacto dependen del juego, siendo mayores en algunos (lucha, fútbol, *rugby*), intermediadas por un objeto en otros (como la red en el tenis y el voley), y mínimas en otros más (ajedrez).

Otra forma estaría representada por las fantasías involucradas, donde ganar un tanto implicaría la búsqueda de un sometimiento homosexual del contrincante a través de meter la pelota en el arco o el aro del equipo rival. Este sentido es frecuentemente retomado por los estribillos de las hinchadas, particularmente las de fútbol, que aluden en forma directa a contenidos sexuales. El goce o la cargada que se profiere a los rivales proviene de esta misma fuente.

También se puede conjeturar que detrás del deseo de matar al rival esté el contenido erótico de someterlo sexualmente.

Y todo esto sería referido tanto a los jugadores como a los espectadores, quienes, a través de un mecanismo identificatorio, vehiculizan su propio montante libidinal.

Continuando con este análisis, a la rivalidad edípica debemos agregarle otras dos más: una proveniente del complejo fraterno y la otra, del narcisismo.

Para algunos autores, el complejo fraterno no es más que un desplazamiento de lo edípico. Para otros, tiene su propia envergadura estructural y se articula o no con el Edipo. Desde esta perspectiva, el hermano puede ser un aliado y “aflojar” las dependencias edípicas o bien puede actuar reforzándolas (Kancyper, 1998; Landolfi, 1998).

También se podría relacionar con la dinámica narcisista y paradójica del doble en sus variadas formas: inmortal, ideal, bisexual y especular.

El primer asesinato que encontramos en la Biblia es el de Abel por parte de su hermano Caín. Más adelante se relata la saga de José y sus hermanos. El hermano es el “primer prójimo”. Es “ese insoportable otro”, el igual pero exterior a uno, el “redundante” que amenaza la unicidad.

Desde la óptica del narcisismo, el semejante, aquel que es visto como amenazando la unicidad y la perfección ilusoria del ser, es el rival a eliminar.

Por su parte, Freud plantea magistralmente el “narcisismo de las pequeñas diferencias”.

Desde estas miradas, para que ese yo exista, la autonomía del otro debe desaparecer. Sólo hay lugar para que uno sea reconocido como ideal, perfecto: el triunfador.

A modo de conclusión, veamos otra situación clínica.

Esteban es el quinto de trece hermanos. De origen muy humilde, es el único que ha logrado triunfar deportivamente y adquirir bienestar económico gracias a ello. Juega al fútbol en un club de primera división.

Sin embargo, en momentos fundamentales de su carrera (como ser convocado a la Selección Nacional) Esteban tiende a lastimarse.

Él pide consulta por decisión propia. Anhela superarse, ser cada vez mejor; no obstante, durante los últimos seis meses ha padecido una lesión tras otra. Esteban dice: “Yo vivo a mil kilómetros por hora”.

Esteban representa para sus padres y hermanos el benefactor al que recurren no sólo en busca de ayuda económica, sino también en su calidad de consejero e incluso de árbitro de sus disputas.

Todo ello le resulta muy gratificante y a la vez gravoso. Se debate entre ocuparse más de sí mismo, de su esposa e hijos, o prestar atención a los problemas de su familia de origen, que son incesantes. Su sentimiento de culpa es intenso, pero muy negado a la vez. En ese tironeo, las lesiones representan una transacción posible para poner un límite a la situación omnipotente y canibalística en la que se ve envuelto. Tampoco es sencillo para él renunciar a ser el héroe.

Las distintas vicisitudes del agonismo –rivalidad edípica, complejo fraterno y complejo del semejante– se activan y operan entonces, independientes o articuladas, en ocasión de

cada encuentro, de cada contienda. Más intensamente para los profesionales, alejados de lo lúdico y recreativo.

Resumen

El deporte y el ejercicio físico, si bien son prácticas de antiquísimo origen, han evidenciado en los últimos tiempos una difusión masiva, constituyendo parte de los usos y las costumbres de nuestra época.

La reflexión psicoanalítica acerca del tema ha sido escasa o nula. En este trabajo el autor analiza: a) la relación entre cultura y deporte, planteando centralmente cómo ésta posibilita liberar de manera controlada la agresividad que la cultura, en su génesis, coarta; b) el movimiento en tanto fuente de placer, determinada desde lo psíquico, así como su función en la economía psicosomática (como defensa ante la irrupción de procesos desorganizativos), y c) el juego y la competencia, en tanto posibilidad de elaboración fantasmática, así como fuente de placer.

DESCRIPTORES: CULTURA / AGRESIVIDAD / MOTILIDAD / DESCARGA / JUEGO / RIVALIDAD

Summary

PLEASURE OF MOVEMENT, COMPETITION AND SPORTS

Sports and physical exercise, though very ancient practices, have recently acquired massive popularity and are now part of the uses and the customs of our times.

Psychoanalytic thinking about this subject has been notably lacking. The author analyzes: a) the relation between culture and sports, the latter viewed mainly as means of freeing, in a controlled way, the aggressivity that culture has thwarted from the outset; b) movement as a source of pleasure, determined by the psyche, as well as its function in psychosomatic economy (as a defense against the irruption of disorganizing processes) and c) games and competition, as a possibility to elaborate fantasies, as well as a source of pleasure.

KEYWORDS: CULTURE / AGRESSIVITY / MOTILITY / DISCHARGE / PLAYING / RIVALTY

Bibliografía

- Alizade, M.: "Desamparo y dominio; senderos pulsionales e inferencias clínicas", REV. DE PSICOANÁLISIS, Número Especial Internacional, 5, 1996.
- Avenburg, R.: "La acción desde la perspectiva psicoanalítica", en *Teoría de la acción*, Buenos Aires, Asociación Argentina de Epistemología del Psicoanálisis, 1999.
- Baranger, M.: Comunicación personal.
- Baranger, W. y Baranger, M.: "El enfoque económico en psicoanálisis", en *Problemas del campo psicoanalítico*, Buenos Aires, Kargieman, 1993.
- Bion, W. R.: *Aprendiendo de la experiencia*, Buenos Aires, Paidós, 1966.
- Bleger, J.: *Simbiosis y ambigüedad*, Buenos Aires, Paidós, 1978.
- D'Alvia, R.: "El cuerpo en psicoanálisis", REV. DE PSICOANÁLISIS, Número Especial Internacional, 4, 1995.
- Del Valle Echegaray, E.: "Psicoanálisis y poder", REV. DE PSICOANÁLISIS, Número Especial Internacional, 5, 1996.
- Fenichel, O.: *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, Buenos Aires, Paidós, 1966.
- Fischbein, J.: "Más allá de la representación: el acto", REV. DE PSICOANÁLISIS, LVI, 2, 1999.
- Freud, S.(1895): "Proyecto de psicología", A. E., I.
— (1893-1895): *Estudios sobre la histeria*, A. E., II.

- (1900): *La interpretación de los sueños*, A. E., IV y V.
- (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*, A. E., VII.
- (1911): “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, A. E., XII.
- (1912-1913): *Tótem y tabú*, A. E., XIII.
- (1913): “La predisposición a la neurosis obsesiva”, A. E., XII.
- (1915): “Pulsiones y destinos de pulsión”, A. E., XIV.
- (1920): *Más allá del principio de placer*, A. E., XVIII.
- (1926): *Inhibición, síntoma y angustia*, A. E., XX.
- (1927): *El porvenir de una ilusión*, A. E., XXI.
- (1930): *El malestar en la cultura*, A. E., XXI.
- Güiter, M.: “Sublimación”, *REV. DE PSICOANÁLISIS*, XLVIII, 4, 1991.
- Green, A.: *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986.
- Issaharoff, E.: “Psicoanálisis, mente y acción”, en *Teoría de la acción*, Buenos Aires, ADEP, 1999.
- Jones, E.: *Vida y obra de Sigmund Freud*, Barcelona, Anagrama, 1961.
- Kancyper, L.: “Complejo fraterno y complejo de Edipo en la obra de F. Kafka”, *REV. DE PSICOANÁLISIS*, LV, 2, 1998.
- Klein, M. (1929): “La personificación en el juego de los niños”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Paidós, 1974.
- Landolfi, P.: “La culpa fraterna, una nueva estructuración del superyó”, *REV. DE PSICOANÁLISIS*, LV, 1, 1998.
- Marty, P.: “El pensamiento operatorio”, en *La psicósomática en el adulto*, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
- Ribeiro da Silva, A.: *Psicología del deporte y preparación del deportista*, Buenos Aires, Kapelusz.
- Rubinstein, R. y Cohen, M.: “Lo inconciente en el deporte”, Congreso de la Asociación Psicoanalítica Argentina, 1995.
- Vázquez Montalbán, M.: *Cien años de deporte*, Barcelona, Difusora Inter nacional, 1972.
- Winnicott, D.: *Realidad y juego*, Buenos Aires, Gedisa, 1972.
- : “La enfermedad psicósomática en sus aspectos positivos y negativos”, *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 61.

(Este trabajo fue presentado al Comité Editor el 3 de diciembre de 2002, y ha sido aprobado para su publicación en la REVISTA DE PSICOANÁLISIS el 27 de mayo de 2003.)